

“Haré el amor con mi madre y con mi propia hija”

“Yo también soy un pedo por las calles frías”

“El arte sólo consiste en saber detenerse a tiempo,  
y yo no lo he hecho”

“Sólo me produce ternura Marujita Díaz, con su sombrero”.

“Una cosa es levantar ampollas, y otras levantar pollas”

“Quiero amar indefinidamente y odiar hasta que triunfe”

---

## ENTREVISTA A DIEGO MEDRANO

---

+ En una breve nota al principio de su libro usted nos habla de cómo los microgramas que Robert Walser escribió en sus estancias en el manicomio de Waldau podrían equipararse a sus más de trescientos microrrelatos. ¿Por qué esta forma breve y con qué propósito se desmarca en su nueva obra de sus anteriores trabajos; novela, poesía y género epistolar?

Un libro de trescientos microrrelatos, que es mucho más que esto, es una importante ironía. Es un género, por norma, breve. Y yo he querido reunir trescientos aullidos, trescientos disparos o trescientas eyaculaciones, hasta formar la novela actual, porque mi libro es una completa novela. Agotar al lector, sí, hasta hacerle enloquecer y confundir a su peluquero con su principal agresor. He ido contra todo lo que se puede ir: la familia, el orden, la abstinencia, cualquier clase de vigilia. He seguido a Walser al límite, cuando Kafka lo recitaba por las tabernas, en posición autista, y Max Brod, posiblemente, se hacía pajas con sus textos. O se las hacía al propio Franz, porque ambos eran mariquitas (risas).

+ Su libro está plagado de diálogos delirantes que transcurren en bares entre personajes extremos y desquiciados, ¿hasta que punto son

veraces estas situaciones?, ¿hay mucho material transcrito de conversaciones reales que puedo escuchar cualquier noche en esos pequeños pedazos de papel que ya utilizara Walser?

Mi libro “Los sueños diurnos” es oscuro como el peligro, y tiene el color del oro, que también es el de la orina. A Juan Goytisolo le gustaba mucho que le orinasen encima, lo cuenta en sus memorias, aunque yo no he hecho ningún relato sobre tal parecer, y quizás debería haberlo hecho. El extremo, como quería Bataille, sólo es accesible por exceso y no por defecto. Mis riquezas son mis límites, sentenció Petrarca. Este es un viaje sin retorno en el sentido kafkiano del término. Cuando Kafka escribe en su diario: “Hay un punto a partir del cual el retorno no es posible, ese es el punto que hay que alcanzar”.

+Sus lecturas y sus filias bibliográficas están muy presentes a lo largo de todo el libro, ¿encuentra en la cita una nueva forma de escritura? ¿Le interesa la reflexión sobre el plagio como forma de creación?

Digo lo que decía o escribía Hölderlin: “Estar solo y sin dioses es la muerte”. La cita es una resurrección. Aunque hay muertos en vida, como es mi caso, que estamos o queremos seguir rodeados de ídolos: por un lado, sí, autores que devoramos sin la mínima precaución y, por el otro, la corte habitual de desarrapados que nos asedian.

+Al mismo tiempo, en uno de sus relatos, casi a modo de colofón al final del libro, uno de sus personajes afirma: “Jamás he creído en la sinceridad en la literatura”. ¿Qué más puede decirnos sobre esto? ¿Hasta qué punto su controvertida obra, cada vez más peligrosa, es autobiográfica o hasta qué punto una obra puede ser autobiográfica?

La sinceridad en literatura, generalmente, no produce buenos resultados. Lo dijo Montalbán. Y Octavio Paz dijo aquello tan sabio de: “Los poetas no tenemos biografía”. La frase más importante de la historia de la literatura es cuando Rimbaud pontifica sin más explicaciones: “Yo soy otro”. Aquí se resume toda trayectoria artística. Nos desdoblamos al escribir y no mantenemos el mínimo control sobre nuestra creación. Los personajes nos invaden, nos rigen sin saberlo, vamos en su búsqueda, siempre a sabiendas del choque y maltrato de la propia realidad hacia nuestro careto de puros quiméricos. Brodsky decía: “Si algo enseña el arte es el carácter privado de la condición humana”. Es decir, pura autobiografía y exposición pública e impúdica.

+ En uno de sus relatos una prostituta y su cliente discuten sobre el “Je est un autre” de Rimbaud, en muchas ocasiones, en su libro, se descontextualizan conversaciones de alto calado estético e intelectual

poniéndose en boca de personajes de los más variopintos y degenerados, ¿reivindica una nueva suerte de dandysmo, lo ejerce en la escritura, o sencillamente le divierte esta forma de travestismo?

Sí, era lo que decía antes. Es el juego de la mascarada. Es el peligro real del antifaz. Es la pluralidad de “yoes” que rige una única voz, por parte del aeda, aquel que declama y, a veces, tan borracho como Pessoa, escribe cuanto declama. He sido durante mucho tiempo un galápago pegado por las paredes de las calles más frías, caminando muy cerca de las paredes, como aquello que dijo en su fecha Carlos Barral sobre Gimferrer. He sido un espía de un caso que no existe. Soy el detective de mi propio crimen. Lautrèamont y Cortázar eran también galápagos, a su modo, en aquellos paseos terribles y solitarios en que la noche les devoraba y no lo sabían. Cuando Cortázar explica que los carteles y anuncios de las calles le hablaban y todo eso.

+ Uno de sus personajes afirma que vive como escribe, otro asegura que le gustaría no poder bañarse por tener la bañera llena de manuscritos. Su libro parece, además de un manual para amantes, pobres y asesinos, un manual para somatizar la vida a través de la escritura, un manual para el escritor total. ¿Cree usted que la vida determina el arte, o que el arte debería determinar la vida? ¿Trata de reivindicar una vida sometida a la creación en sus relatos?

La vida es mediocre. No hay nada más mediocre que un pedo, o un bostezo. El arte es el intento máximo de sublimación de la existencia. Un pedo es ya otra cosa cuando, por ejemplo, Leopoldo María Panero dice: “Soy un pedo por las calles frías”. Ha sublimado el concepto de ventosidad, ese pedo es ya otra cosa, el pedo que Leopoldo es y que yo puede quisiera ser. Todo esto es completamente freudiano, cuando Freud dice que si sublimásemos todas las energías que dedicamos diariamente al sexo seríamos completamente dueños de nuestra conducta. El arte sólo consiste en saber detenerse a tiempo, y yo no lo he hecho. Sin más.

+ Todos sus postulados parecen converger en una descarada y nada amable visión del género humano. ¿De verdad nos considera una especie tan tremebunda y tan merecedora del escarnio al que nos somete en sus ficciones? ¿Siente cierta ternura frente a la monstruosidad de sus personajes?

Sólo me produce ternura Marujita Díaz, con su sombrero. Seré muy leído en las cárceles, en los falansterios, en los conventos y en los mataderos de ganado vacuno, en las noches blancas e impregnadas de sol vivo. La luna es el sol de los muertos, decía Cocteau. Moriré en abril,

y bautizarán con mi nombre a una extraña flor, la singularmente llamada "Medranus Ille", que cuando la soplas se convierte en tu peor enemiga. Como decía Chesterton: "El loco puede perderlo todo menos la razón" y, como daba cuenta Jean Lorrain, "Nuestros vicios volverán máscaras nuestros rostros". Este libro da buena cuenta de todos los míos. Un mensaje para usted: "Siete años de temor se curan con un vasito de h2o".

+ Una última pregunta. Su novela "El clítoris de Camille", editada por Seix Barral, está levantando ampollas en la cultura española por el culto que hace del excremento y numerosas monstruosidades. Se ha calificado como la conjura de los necios de la modernidad. ¿Algo que decir?

No sé si se ha fijado pero una cosa es levantar ampollas, y otra muy distinta levantar pollas. Me parece que me van a denunciar por esta obra, no lo sé. Se trata de cierto colectivo absurdo, de esos que todavía leen a Balmes, y van contando con palitos en el calendario las cópulas del mes en curso, para dárselas luego a su consejero espiritual, que no sabe quién es Brahms y escucha a Falete antes de acostarse. Me da igual. El ano es el gran tabú de occidente, decía Artaud. El amor es el lugar del excremento, cantó Yeats. Otro mensaje secreto para usted: "Quiero amar indefinidamente y odiar hasta que triunfe".